

haber agotado sus dones, si así puede decirse, con los antiguos pueblos, al llegar el instante de nuestra vocación, como si entrara en consejo consigo mismo y buscara en los tesoros de su liberalidad alguna nueva maravilla nunca hecha á ningún pueblo, le sugirió su amor que el don nuestro fuese algo de lo íntimo de su corazón; y entonces nos concedió á su Santísima Madre por madre y por soberana, y por camino, luz y guía dulcísima que nos llevara á El.

Mas, no solamente la impiedad se ha atrevido á atacar esta creencia tan grata para nuestro corazón, sino que, por una aberración incomprendible, ha tenido enemigos que fingiendo tomar á su cargo los intereses de Dios, no se avergüenzan de militar en las filas de los que le atacan. Una falsa ciencia, orgullosa y soberbia, admitiendo la posibilidad del milagro, ha querido sostener que el de la aparición no puede probarse con documentos inconcusos, y así, que nosotros los creyentes adoramos un mito, y nos gloriamos de un sueño de imaginaciones enfermizas. ¡Ah! y nadie olvidará que cuando nuestros venerables pastores, movidos por divino instinto, solicitaban de la Santa Sede una concesión, por mil títulos justa en favor de nuestra creencia, los pretendidos sabios de nuestro país interrumpiendo con nota disonante el concierto de la Iglesia Mexicana, hicieron llegar hasta la cátedra de San Pedro, no el acento suplicante de la fe que vacila y va á buscar la verdad en su fuente, sino la negación procaz, fruto amargo de odio satánico á las obras de Dios, deseosa de arrancar si le

fuera posible, de los corazones mexicanos la fe dulcísima en el amor de nuestra Madre.

¿Por qué esos hombres no tuvieron en cuenta que hay un fundamento de la verdad, sólido y firme como aquellas rocas que resisten sin conmoverse el embate de las olas, y en el cual se apoya cuanto la historia de los pueblos ha venido recogiendo para salvarlo de la ruina en sus inmortales páginas? ¿Por qué no quieren ver el esplendor luminoso de la tradición y precipitándose insensatos por caminos tortuosos, cierran sus oídos á la voz de las generaciones que con el acento magestuoso de la verdad han rendido durante tres siglos el más irrecusable testimonio que se puede encontrar sobre la tierra?

Si el hecho que nos ocupa no contara en apoyo más que con la tradición, esto sólo bastaría para imponerse como verdadero, porque no es posible desconocer la fuerza de semejante testimonio.

En el seno de la familia, el hombre lo recibe todo por tradición: ¿quién nos dijo los nombres de nuestros antepasados? ¿cómo sabemos los sucesos prósperos ó adversos de nuestro linaje, las relaciones que ligaron á nuestros progenitores con la sociedad en que vivimos, el punto en que vieron la luz, y en una palabra, todo lo que nos marca un lugar en el mundo y nos rodea de las condiciones propias de nuestra vida individual? ¡Ah! que para conocer estas cosas, no nos mandaron nuestros padres á registrar viejos archivos, ni abrieron ante nuestros ojos ningún libro que relatara

tales hechos; sino que, desplegando sus labios con la sinceridad de la virtud y la autoridad del amor, nos refirieron desde nuestra niñez cuanto ellos habían visto, y cuanto en ellos depositaron á su vez aquellos de quienes recibieron la vida. Cuando más tarde salimos al mundo llevando en nuestro pecho como cosa santa este depósito, del cual depende nuestra suerte, hallamos confirmadas las verdades que los forman, por el consentimiento de nuestros conciudadanos, por la voz de nuestro pueblo, quizá por documentos escritos de indiscutible autoridad.

Mas la patria no es otra cosa que una gran familia, cuyo carácter tienen principalmente las sociedades que comienzan á formarse; ella guarda con fidelidad inquebrantable y transmite de una generación á otra los hechos que determinan su suerte; y no hay poder ni ciencia, ni preocupación por enérgicos que se supongan, que puedan alterar lo que han visto mil testigos y han escuchado siempre invariable multitud de oídos.

Jesucristo, con ser la Sabiduría Eterna escogió para transmitir su doctrina este fidelísimo agente de la tradición, y aunque pudo como Moisés dejar consignadas sus divinas enseñanzas en un libro escrito de su mano, ó grabarlos en monumento indestructible, como grabó el pueblo egipcio sus antiguas glorias en sus pirámides seculares, le bastó el testimonio de la generación que escuchó su palabra, y su santa Iglesia pudo nacer y conservarse por la tradición.

No de otra suerte en México; la portentosa

aparición de María es un hecho sólidamente apoyado en no interrumpida tradición cuyo principio es el consentimiento de todo un pueblo, formado de dos castas enemigas entonces, en donde, por lo mismo, era imposible que no naciera la contradicción, si no se hubiera tratado de un suceso patente y manifiesto, público por su naturaleza, y bajo todos aspectos innegable; y tanto es así, que los más ardientes enemigos que hoy niegan su verdad, no encuentran en su apoyo un solo testimonio contemporáneo del milagro.

Salida de aquella purísima fuente, sigue luego la tradición su majestuosa carrera, manifestándose de tiempo en tiempo con mayor energía en los innumerables monumentos que va dejando á su paso: ya son los tiernos y sencillos cánticos con que los mexicanos celebraron el acontecimiento memorable de la traslación á su primer santuario, de la Santa Imagen de María, y que en su delicada ingenuidad hacen el más exacto relato de las circunstancias de que la Santa Virgen quiso rodear su aparición; no falta en ellos, ni la descripción del lugar, ni las palabras que pronunciaron los amantes labios de nuestra dulce Madre, ni las ingenuas contestaciones del neófito feliz elegido por la divina Señora para ser su mensajero; ni la prudente reserva del Pontífice que como fiel defensor de la verdad, emplea toda sollicitud para asegurarse de ello; ni su reconocimiento al favor celestial cuando aparece á su vista la seña inegable de la mano de Dios.

Ya los innumerables testimonios rendidos, cuando los pedían las circunstancias, por va-

rones de santidad reconocida, por hombres de todas condiciones, verídicos y graves. Ya, en fin, como la voz elocuente de los siglos y de la fe que no se engaña, los templos levantados en honor de la celestial Aparecida por las generaciones que vieron su faz y oyeron su palabra. Mas ¿para qué cansarnos en buscar el testimonio de los hombres, si Dios mismo se encargó de alzar en nuestros corazones el monumento divino del más santo y del más celestial de los afectos? ¿Pues qué, á la luz de la fe no significa nada el amor con que guarda nuestro pueblo como la más valiosa joya del hogar, la imagen de María de Guadalupe, y el santo empeño que muestra la familia cristiana en hecer vivo y animado su recuerdo, imponiendo su nombre á la más amada de sus hijas, y la ardiente plegaria que se alza sin cesar de todos los puntos de nuestro suelo, y tantas y tantas manifestaciones de un amor que no puede egendrarse sino por Dios, ni puede conservarse sino por Aquel que trajo la verdad á la tierra para que los hombres le abrieran su corazón y le colocaran en lo más íntimo de su alma?

Esta dulce creencia, hermanos míos, ha sido corroborada por el testimonio magistral del arte que tuvo también una palabra elocuente para confundir la ingratitude y la ignorancia, en esta cuestión para nosotros de tan vital interés.

Hace casi un siglo y medio que fueron convocados para examinar como jueces de probada competencia, el portentoso lienzo que veneramos, hombres cuyas obras son hoy mismo

admiración de los artistas y objeto de viva codicia, y ellos dijeron á la faz del mundo, que la materia adoptada para grabar la santa imagen, era precisamente la que jamás habría elegido el hombre que deseara confiarle una obra destinada á ser un modelo de belleza; que no hay memoria de que en una misma producción se hayan unido nunca géneros de pintura tan diversos, por no decir tan enemigos entre sí, como los que en apariencia concurren á formarla; que parece haberse buscado de intento la manera de hacer imposible su ejecución, excluyendo aun los recursos más elementales que con ineludible necesidad debe contar todo artista; que se encuentran aglomerados los problemas más difíciles de resolver, aun con todos los secretos del arte, acerca de la luz, del colorido, del dibujo mismo; y á pesar de todo esto, los más versados tienen que confesar la singular perfección y arrebatadora hermosura de nuestra Reina. Y con la conciencia del maestro que hable confiado en su ciencia, al mismo tiempo que con el entusiasmo del fervoroso creyente, atribuyeron esta obra á la mano del Todopoderoso, viniendo de esta suerte el arte mismo á convertirse en servidor sumiso de la fe.

¿Y no se comprende, hermanos míos, que es preciso cerrar voluntariamente los ojos á la luz para no ver á Dios en esta imagen, cuando después de tres siglos somos testigos de su conservación maravillosa, á pesar de lo delesnable del lienzo que la sostiene, á pesar de la falta absoluta de precaución, que quizá por voluntad del Altísimo se ha tenido siempre para

evitar que se destruya, no obstante las destructoras condiciones del clima en que se encuentra y de la atmósfera que la rodea?

Para nosotros es un hecho puesto fuera de duda, que la misma Soberana Virgen, así como de un modo enteramente sobrenatural y milagroso, hizo allá en el principio el legado inestimable de su imagen santa, así también ha seguido empleando su divina virtud para conservar su don en medio de nosotros.

Sí, es la verdad, las pruebas todas de la historia humana nos aseguran en la certeza de nuestra fe, y Dios mismo ha añadido para confirmarla, la autoridad soberana de su poder manifestado por milagros. Después de esto podemos exclamar con la doble ternura de nuestro amor á la Patria y de nuestra gratitud y amor á María: *Non fecit taliter omni nationi*, no hizo favor igual á otra nación; porque á ningún otro pueblo ha concedido por Abogada, Reina y Madre, como le ha concedido al nuestro, á su santísima Madre.

De este favor, como de fuente inagotable han nacido otros, que obligan igualmente nuestra gratitud y ponen más de manifiesto la singular predilección con que ha distinguido Dios á nuestra Patria. Son tantos, que no bastarían para enumerarlos los límites de este discurso; por lo cual consideraremos sólo dos, que son á mi juicio los principales y más fecundos: el establecimiento y la conservación de la fe en México.

*
*
*

El sapientísimo Vicario de Dios sobre la tierra, con una sola frase llena de elocuencia, acaba de decir, hermanos míos, cuanto yo pudiera expresar hoy en medio de vosotros relativamente á los beneficios que la Sta. Virgen María de Guadalupe ha dispensado á nuestra Patria: oigamos esas palabras de nuestro inmortal Pontífice: "Conocemos, dice, cuan estrictos son los vínculos con que aparecen siempre unidos los principios y progresos de la fe cristiana entre los mexicanos, con el culto de esa divina Madre, cuya imagen, una admirable Providencia hizo célebre en su mismo origen." Meditadas estas expresiones, nos dan á conocer, hermanos míos, los grandes beneficios que trajo á nuestra Patria la aparición de la Santa Virgen.

¿Qué obra, en efecto, más difícil que la de desarraigar del corazón de México la falsa religión á que estaban íntimamente ligados los intereses de la nación entera? Profundamente arraigada en las masas, regía y daba forma á todos los actos de la vida en el seno de la familia, constituyendo por decirlo así su modo de ser más íntimo; y por esa especie de instinto religioso de que los hombres no pueden prescindir, era para aquellas gentes un objeto de amor, más querido que su propia vida. adheridos como estaban á ella con todo el entusiasmo de un fanatismo que no discute ni busca la verdad, sino que sacrifica todas las cosas por el ideal que desde la infancia lo sedujo.

A esto se unía el esplendor del poder, que apoyado en la religión empleaba á su vez, en defensa de ella misma, todos los recursos de una autoridad nacida igualmente de la misma religión; y con dificultad habrían podido distinguirse en aquellas sociedades primitivas los intereses religiosos de los nacionales.

Y no era esto solo; bien sabéis que nada logra abasallar al hombre con dominio más absoluto, que las pasiones robustecidas por una larga complacencia con sus tendencias desordenadas; ellas tienen la funesta virtud de oscurecer el juicio recto de la inteligencia y enervar la voluntad, llegando á ser, desbordadas, la única luz que guía los pasos de sus víctimas, y la sola energía que mueve sus acciones. Se ha dicho que la pasión es, en el hombre dominada por ella, fuerza y debilidad al mismo tiempo: fuerza que lo impele á cuanto complace lo bajo y grosero de su ser; debilidad que lo hace entregarse desarmado en manos de sus enemigos. Y todas las depravadas pasiones de nuestro ser encontraban su sanción, ó diré mejor, su insentivo más poderoso en la idolatría, que santificaba el culto de los más depravados apetitos.

¿Quién no ve, hermanos míos, hasta qué punto era difícil la empresa de desarraigat de la nación, de la familia y de cada uno de los individuos el falso culto sostenido por tantos y tan vigorosos poderes unidos en su defensa?

La historia nos muestra el ejemplo del imperio romano, para no citar otro, convertido de la idolatría por los discípulos de Cristo; pe-

ro nos muestra al mismo tiempo que la grande obra no fué consumada sino después de tres siglos en que aquel coloso llenó el mundo de sangre antes de dejar caer del capitolio sus falsas divinidades.

Y sin embargo, en México era preciso hacer que hombres ignorantes y apasionados, que pueblos enemigos de la Religión de una raza usurpadora á sus ojos, y aborrecida de muerte, adoptasen aquella misma Religión que los despojaba de costumbres, de gloria y de delicias, y sólo les ofrecía en cambio las santas humillaciones de la Cruz, y las amargas de la abnegación.

El mundo ha visto que Dios tiene en sus manos y comunica á los hombres una virtud que ha vencido siempre las poderosas resistencias que se oponen al reinado de la verdad; tal es la virtud del sacrificio. El maestro por excelencia de la doctrina salvadora es Jesucristo, y ya veis que la hizo triunfar en la Cruz por el sacrificio de su vida. Desde entonces, cuando ha querido que nuevos pueblos le conozcan y le amen, les envía hombres contagiados de lo que el Apóstol llama *la locura de la Cruz*, quienes implantan el reino de Jesucristo al precio de su sangre y de su vida; y hoy, las naciones adoradoras ya de Jesucristo y reconocidas al gran don de la fe, veneran todas al Fundador de su Iglesia coronado con la diadema del mártir.

Mas ¡ah! que el Señor no quiso que se manchara nuestro suelo con la sangre derramada por enemigos de sus enviados. Depositó, es ver-

dad, en almas de santos misioneros el espíritu del sacrificio, y ellos dejaron más allá de los mares cuanto amaba su corazón y hacía la dulzura de su vida, por amor á Cristo; pero El no quiso sin embargo que su sacrificio fuera consumado, y así como después de conocida la obediencia generosísima de Abraham, mandó un ángel que detuviera su brazo en el instante que lo alzaba para quitar la vida á su hijo, así tuvo para nuestros padres en la fe, un enviado celestial, que apartase de ellos la cuchilla antes que cayera sobre su cuello. Mas, ¡oh sorprendente amor de Dios para nosotros! en México no será su enviado un ángel como en los tiempos de Abraham, sino la encargada de esta misión salvadora, será la misma Soberana Reina, á quien alaban los ángeles; Ella santificará con su presencia la nueva porción del escogido rebaño; Ella será la prueba más segura de la palabra nueva que se hace escuchar en México; Ella será, si así podemos decirlo, como una palabra amorosa que, brotando del corazón de Dios, ganará por sí misma, sin dolor y sin sangre, las inteligencias y los corazones de un pueblo por mil títulos feliz! Y nosotros vemos hoy, hermanos míos, realizada por los misterios del amor, aquella grande obra de destruir la idolatría y asentar el Cristianismo sobre las sólidas bases, que tan amargas lágrimas y tan profundos dolores han costado en otros pueblos!

¡Qué hermoso espectáculo ofreció al mundo la nación mexicana desde el momento que por voluntad del Altísimo fué la porción predilecta María, y cuán admirablemente se difundió

en los pueblos la verdadera fe! No parecía sino que aquel fervor primitivo de la Iglesia de las catacumbas resucitaba en nuestro suelo, con todo el vigor de una nueva planta que en suelo fértil y bajo cielo benigno, extiende sus ramas por el espacio para llenar la tierra! Es que el Hijo de Dios ha convocado á sus bodas, y la casa del Padre Celestial se llena por los que han oído el divino llamamiento, atraídos por la belleza incomparable, por la ternura y el amor de nuestra bondadosa Madre.

Mas es preciso volver los ojos, hermanos míos, á un espectáculo que aunque llena de dolor el corazón de los fieles de Cristo, despierta en ellos, sin embargo, la confianza y aumenta la gratitud hacia nuestra Protectora celestial.

La Iglesia, que no es otra cosa sino Jesucristo incorporado á la humanidad y viviendo en ella vida dolorosa, está destinada á pasar por las vicisitudes de todo lo que ha sido puesto en manos de los hombres; y si, como Jesucristo, tiene sus momentos de transfiguración gloriosa, en que deslumbra al mundo con los esplendores del Tabor, llegan también para ella días de persecución y de prueba, en los que sube con su Divino Esposo la terrible colina del Calvario.

Largo tiempo después de haber nacido el Cristianismo en la sociedad formada por dos pueblos convertidos de enemigos en aliados, veló sobre él con solicitud diligente un poder extranjero, que á la luz de la historia deja con esto expiados sus extravíos, cualesquiera que hayan sido. El mundo antiguo, después de ser